

TÚ, YO Y EL ALZHEIMER

Ese día era viernes y, además, el último día de curso. Como todos los viernes escolares, mi abuela pesada me venía a buscar al colegio.

- ¿Qué tal te ha ido el último día de clase, Carlos? – me preguntó.

- Pues bien, abuela, cómo me va a ir... - le respondí bruscamente.

- Este verano estarás conmigo en el pueblo. Tus padres no pueden coger vacaciones, aunque irán los fines. ¡Qué ganas de que vayas! - exclamó ella sin darle importancia a mi reacción.

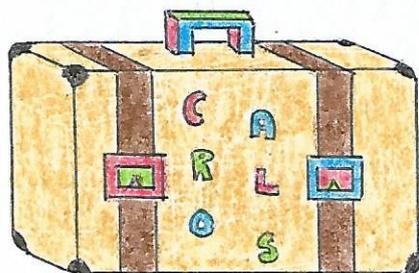
- Ah, ya, abuela, ya me han contado – contesté yo, aunque en realidad lo que yo pensaba era: “Jobar, otra vez a aguantarte un verano entero... Con lo pesada que te pones a veces a recordar momentos... Lo único positivo es salir con mis amigos, la verdad”.

- Hoy si quieres, podemos ir al mercadillo que ponen en la plaza todos los viernes – me propuso al ver que estaba en otro planeta.

- Pero, ¡qué dices, abuela! Yo paso de ir contigo a ese aburrido mercadillo, hoy he quedado ya con mis amigos para despedir el curso – dije rápidamente mientras esquivaba la mano que ella intentaba darme.

-Está bien, Carlos, para otro viernes será.

Sin más conversación, nos fuimos caminando hasta casa. Comimos, ella se marchó cuando llegaron mis padres y yo salí con mis amigos del colegio a celebrar que, por fin, ya teníamos vacaciones.



Al cabo de una semana, tuve que hacer las maletas para ir al pueblo.

A ver, ir al pueblo me gustaba, sobre todo porque salía a todas horas con mis amigos, pero lo que no me gustaba era tener que aguantar a mi abuela. A mi abuelo ni siquiera lo pude conocer, murió antes de que yo naciera.

Cuando llegué al pueblo ya era de noche, así que descargué rápidamente la maleta, cené, vi un ratito la tele y me fui a la cama. Como todas las noches, mi abuela venía a arroparme, a darme un beso y, ya de paso, me intentaba contar el ridículo cuento de *Caperucita roja*. Ella decía siempre que cuando se lo contaba a mi padre Daniel le encantaba, sobre todo la parte del lobo.

- Érase una vez... - comenzó mi abuela.

- ¡Ay, no, abuela, por favor, otro verano con el cuento ese no! – dije tapándome la cara con las manos.

Como ella seguía y seguía, me tapé los oídos con la almohada para no escucharla y, sin quererlo, me dormí.

El verano transcurrió normal, como cualquier otro, hasta que un día de julio llegué a casa y vi a mi abuela sentada en la mecedora del salón, observando el paisaje a través de la ventana con una mirada triste y perdida.

- Hola – saludé.

Mi abuela no respondió.

- He dicho “hola” – grité enfadado.

Se giró y dijo:

- Ah, hola, Daniel, ¿ya has llegado?

- Anda, deja de decir bobadas, que yo soy tu nieto Carlos, ya sé que me parezco a papá, pero confundirme con él...

Los días siguieron pasando y estos casos se repitieron más veces. El tres de agosto era mi cumpleaños y le pedí a mi abuela que me hiciera mi bizcocho preferido, uno que hacía



ella con limón, yogur y no sé qué (riquísimo, sobre todo si le ponía luego chocolate blanco). Mis padres se acercaron al pueblo al salir de trabajar. Cuando estábamos cenando todos en familia escuché un ruido. Me giré para ver qué sucedía y vi que a mi abuela se le había caído un tenedor y que ella estaba temblando sin parar de mirar el tenedor.

- Abuela, ¿qué pasa? – pregunté para que reaccionara.

- Nada, hijo, solo que se me ha caído un tenedor, nada más – me respondió.



- ¡Pf, qué paciencia hay que tener contigo! Venga, trae mi bizcocho que estoy deseando comerlo – le dije

- ¿Qué bizcocho, Carlos? No he hecho ningún bizcocho – preguntó ella extrañada.

- No me lo puedo creer, abuela, te has olvidado de mi bizcocho. Ya te vale, ¿estás mal o qué? Encima hoy que es mi cumpleaños – añadí decepcionado.

Me fui a mi habitación enfadado y no hablé ya más a mi abuela en toda la noche, aunque tampoco me aparté cuando ella vino a darme el beso de buenas noches. Esta vez, sin embargo, había sido distinto porque no intentó contarme el cuento de siempre.

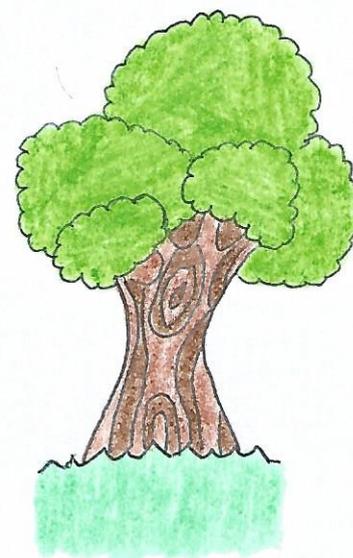
Pasaron las semanas y mi abuela seguía igual, aparentemente nada malo, pero rara, muy rara. Sinceramente, me sorprendí al ver que me estaba empezando a preocupar por ella. Era la primera vez que me ocurría, que pensaba algo de este tipo. Nunca la había querido como una persona normal suele querer a su abuela, nunca me había planteado ni siquiera si la quería, de hecho, a veces me molestaba verla y prefería estar con otras personas. Pero en estos meses de verano sí sentía que la quería, aunque me costara admitirlo. Ya no me enfadaba tanto con ella ni le contestaba tan mal. De esto me di cuenta cuando volvieron a empezar las clases.



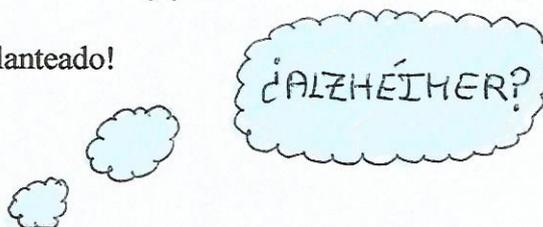
Un viernes de septiembre salí contento de clase porque mi abuela me venía a buscar, pero ella no estaba en la salida. Miré fijamente al árbol donde ella se apoyaba siempre y en su lugar estaba mi madre.

- Mamá, ¿pero hoy no venía la abuela a buscarme? – pregunté con extrañeza.

- Carlos, la abuela está en el hospital con papá. Se ha desmayado. El médico nos ha dicho que tiene Alzheimer, por eso estaba últimamente tan rara.



Me quedé helado, de ahí venía todo y yo sin darme cuenta de nada. Me sentía fatal, ¡cómo no nos lo habíamos ni planteado!



Los años pasaron y yo cada vez quería más a mi abuela, intentando pasar con ella el máximo tiempo posible. Cuando me hice mayor, decidí que mi abuela viviera conmigo también algunas temporadas. Me costó mucho convencer a mis padres porque ellos tampoco se separaban de ella. Y es que mi abuela se merecía que la cuidasen mucho. Ella ya lo había hecho antes con todos nosotros. Ahora era yo el que la llevaba a pasear por el mercadillo todos los viernes y el que le recordaba todas las noches esos momentos en los que ella me intentaba contar el cuento de Caperucita y cómo ponía voz grave en el lobo cuando se lo contaba a mi padre.

Después de seis años sucedió algo inesperado. Era veintitrés de junio. Como solía pasar por esas fechas cuando dan las vacaciones a los alumnos, yo deseaba ir al pueblo a pasar el verano y me llevé a mi abuela conmigo. Esta vez cuidaría yo de ella.

Cuando estaba desocupando la maleta de mi abuela y fui a guardar en el cajón su camiseta de flores amarillas, me encontré un folio doblado. Lo desplegué y vi que era una carta:

“Sábado, 3 de agosto.

Querido, Carlos, nieto mío:

Espero que algún día leas esto. Quería decirte que, a pesar de que no me valoras mucho, yo te quiero tanto que no te lo imaginas. Estoy segura de que me acabarás valorando, pues esto nos pasa a todos cuando vemos que el tiempo se nos escapa y nos vamos haciendo mayores. Últimamente estoy notando que estoy algo rara. He pedido cita con el médico y me ha dicho que tengo Alzheimer. Si ves que alguna vez te confundo de nombre, que tiemblo o que me olvido de cosas como tu bizcocho, no me lo tengas en cuenta, cariño, porque yo te quiero mucho, muchísimo. Eres el mejor nieto que podría tener, estoy muy orgullosa de ti”.

No me lo podía creer, ahí estaba la justificación del bizcocho. No había recordado hacerlo, pero sí había recordado el decirme lo importante que yo era para ella. Inmediatamente, fui corriendo a ver a mi abuela, a achucharla con un enorme abrazo. Cuando aparecí en el salón estaba sentada en la mecedora con un muñeco cogido en brazos.

- ¡Abuela, he leído la carta! – grité alzando el folio.

- ¡Shhh...! Calla, Carlos, que vas a despertar al niño – dijo ella con una suave voz a la vez que se ponía el dedo índice en sus labios y acariciaba después la carita del muñeco.

Bajé el brazo con el sobre y sonreí. Lentamente, sin hacer ruido, me acerqué a ella, le puse mi mano en su hombro izquierdo y le di un beso en la frente. Ella acarició mi mejilla.

Por supuesto que le iba a perdonar esas cosas a mi abuela. Yo la cuidaré y la querré para siempre.

